

*S***ombra de Paraíso**
Un poema en prosa
en torno a la traducción literaria
Claudia Sierich



La Semana Extraordinaria de la EIM dio cabida, en su día de apertura el 9 de noviembre de 2015, a la presentación del libro *Sombra de Paraíso. Astillas en tres cuerpos de lenta lectura* (Oscar Todtmann Editores, Caracas, 2015; 100 pp.). Es mi tercera publicación, mientras me desempeño profesionalmente como intérprete de conferencia y traductora graduada en Múnich, Alemania, desde hace más de dos décadas en Caracas y, últimamente, en Berlín. Para mí, las tres actividades: interpretar conferencias, traducir textos y la escritura creativa se entrelazan hasta un punto enigmático, inextricable. Y es allí, en esa zona fronteriza, en la que indago.

Sombra de Paraíso brota directamente de mis obras anteriores, *Imposible de lugar* (Monte Ávila Editores, Caracas 2008) y *dicha la dádiva* (Editorial Equinoccio, Caracas 2011) que, entre otras, se dedican, en buena medida, a una crítica del lenguaje como crítica de la realidad, a la presencia de las lenguas y al acto de traducir en nuestras vidas, las vidas, por cierto, de todos los humanos. Lo interesante sería tomar cada vez más conciencia de ello: los idiomas, los giros idiomáticos, los juegos de lenguaje, las formas del decir y su porqué, la creación y preservación de sentido(s) no son asuntos solo de los traductores, son asunto existencial.

En el caso de *Sombra de Paraíso* estamos en presencia de un poema en prosa. Este ensayo radical conforma una documentación en un viaje de unos 250 fragmentos que, en su conjunto, desembocan en una **inusual poética de la traducción**. Para ello, se vale de distintos géneros. A lo largo de la trayectoria reflexiona sobre el tiempo y la posibilidad de ser soberanos, el regocijo en la lengua y una lógica del incremento a través del uso de la palabra y sus in/finitas relaciones. Tal vez también reflexione —por mor de su formato— sobre la misma escritura de ensayos. Los fragmentos alternan minimalia, segmentos de diario, reflexión y poesía, y se superponen con otras tradiciones menos familiares de escritura. En un gesto hermético, celebrante, **se trenzan sentido y transgresión** desde un muy particular umbral. Eros, el mayor traficantedepalabras*, las e/mociones, impulsan el viaje sensorial

y reflexivo, que involucra la pintura, la música, jardines, infancia caraqueña, el silencio y el reloj (por cierto, algunos relojes de la UCV son protagonistas, también), la producción del ron, implicando lenguas distintas al español y buscando el *momentum* en el que emerge la imagen, comenzamos a pensar y se genera sentido. Diez reproducciones de grabados de Lihie Talmor, artista venezolano-israelí, acompañan y salvan esta travesía con sus hermosos, blancos incisos.

Es el formato que esta traductora e intérprete encontró, desde su experiencia y subjetividad, para formalizar lo que estima informalizable y que, no obstante, sí requiere de alta factura y técnica. El formato que halló, pues, para sustentar problemas del lenguaje, de las lenguas, y las implicaciones en percepción y pensamiento.

Durante la presentación que nos ocupa leí algunos fragmentos que aquí reproduzco, y se generó un vívido y estimulante intercambio entre profesores, estudiantes y la audiencia en general. Como donación quedó para el interesado lector, un ejemplar de *Sombra de Paraíso* en la Biblioteca de la EIM.

En lo que sigue, un pequeño y errante **extracto**, algunas astillas que desprendo para nuestros efectos, de los cuerpos reflexivos de este libro:

El tiempo mayor, el más antiguo, es sonoro. Cierro los ojos y siento el trino del pájaro. El llamado del cristofué, el graznido de la guacamaya, las risas guacharaqueñas. Insondable, eclosiona un tiempo interno. Llegan viajados los sonoros a mi oído desde una era anterior a la mía pequeña en esta Tierra. También resuena el soplido del amolador, tal vez la escoba rasga la acera, crujen los jabillos. Ya viene la armónica de mi padre a despertarme, es hora de levantarse, de ir al cole.

La esfera colgada del techo de uno de los pasillos abiertos que rodean el teatro indica la misma hora. Las veces que me acerco al Aula Magna para asistir a algún concierto siempre son las dos y dieciocho. Me embarga una suerte de hipnosis. La hora no se ha consumado. Todo está bien, todo está igual. Una leve inclinación de la esfera con respecto a las sujeciones del reloj contra el techo hace que el número 12 se vaya de lado. El eje que forma el 12 con el 6 no conecta cielo y tierra con perfecta perpendicularidad. Su oblicuo gesto detenido ironiza la información que me debe y aumenta el efecto de distracción sobre mi propósito. Los conciertos en el Aula Magna todos comienzan a la misma hora.

No funciona. ¿O sí? Ahora no estoy segura. Por prejuicio no lo miro con ganas de saber la hora, porque supongo que no me la dará. El reloj de la Plaza del Rectorado de la Universidad Central funciona con los mismos dispositivos desde hace cincuenta años; consta de un sistema mecánico (el engranaje que da movimiento) y uno de control (para el paso de la electricidad). Por su antigüedad, se explica,



Claudia Sierich presenta su poema en prosa sobre la traducción literaria *Sombra de Paraíso*

presenta una falla en el sistema de control que causa atrasos al marcar la hora. Conserva su sistema de sonido original, pero se dañó hace más de una década. Lo llaman el campanario. No da las campanadas para anunciar el paso de las horas. El mantenimiento no es fácil: es menester subir a su cima para efectuar las reparaciones y la limpieza. Previamente, es necesario retirar los nidos de insectos que se forman en la parte superior.

Es cierto, la expresión 'hacer tiempo' en el idioma español se usa significando que se le pretende estirar o detener, un 'ya va', tal vez para evitar algún mal mayor. Como si se quisiera lograr un entretiem po, un entretenimiento, un mientras vacío. Algo así como lo que sucede con la expresión 'pasar el tiempo', distraernos (del miedo de estar vivos, del horror de ser libres), para no darnos cuenta, para que se vaya, cuando el tiempo no pasa. Somos nosotros los pasajeros.

Dos palabras favoritas. En español: presente, pues oscila entre 'ahora' y 'obsequio'. En alemán: *Sammlung*, porque confluyen 'reunirse consigo mismo' y 'colección', 'tesoro custodiado'. Luego me tropiezo con esta exclamación: "Como el presente es antiquísimo, porque todo cuanto existió fue presente, tengo para las cosas... mimos de anticuario y antes, furia de coleccionista". Para en otro momento estallar en: "¡Benditos sean los instantes y las sombras de las cosas minúsculas!" Lo bien que nos acompañan las incesantes, mínimas exclamaciones de Pessoa.

Si pudiera obtener una radiografía de los surcos que han arado las intrazables intuiciones, reflexiones que le siguen, los relámpagos de ideas inacabadas que se ramifican y fulminan la intemperie, las afecciones que las rodean. Una radiografía del teatro mental en aparente desorden antes de que estos movimientos abigarrados cristalicen en una u otra conclusión. ¿Qué imagen mostraría? El álbum de mis laberintos pensados, no lo tengo. Cada poema, una huella distinta. Un laberinto orgánico cada lectura, de fina y efímera impresión. Sus fondos se pierden en la marisma irracional como los estantes de la biblioteca infernal en el inconsciente fondo del mar. Y si pienso en que cada relectura del poema da otra radiografía... ¡Vaya galería! Se me ocurre cuando el mendigo lisbonés de todos los rastros susurra a mis ojos: "Soy una placa fotográfica impresionable".

Entro en zonas de desaceleración y desvío para derrochar. Mientras traslado un texto, permito que se desplieguen fuerzas desconocidas o no abordadas ay para experimentar. Como si fuera a producir un exquisito líquido como el ron, por qué no, de algún valle de Aragua. Las barricas de distintas maderas y edades, la caña y su zafra, la crianza, las paletas aromáticas, las combinaciones posibles y otras descartables. ¡Rumbuillon, qué tumulto! Ámbar, potente y especiado. Solo que en la traducción no se reproducen fórmulas de excelencia alcanzadas, no las mismas exactamente. En el caso del ron tal vez tampoco: se mezclan caldos de lograda calidad con otros elementos nuevos cuyo efecto está por ser ponderado. ¡El tiempo que toma para que se amalgamen en su justa medida! El experimento sirve al hallazgo: remuevo de la



Con timidez, arropado por *Sombra de paraíso*, un estudiante de primer año se acerca a la autora del libro: ¿puedo hacerle una pregunta?

sombra del olvido, me asombro, ocurre, me derivo, se me ocurre, genero lo que se me oculta, rozo, penetro lo Otro. Prueba y ensayo, busco y me halla. La experiencia hecha palabra. La palabra/barrica. La palabra/sorbo. La palabra/ron.

En idioma alemán, se usa el mismo verbo para decir 'extraer' agua clara del pozo con un cucharón, y 'crear': *schöpfen*. La expresión *gebannt sein* significa estar hechizado tanto como estar preso, o ser siervo. *Gebannt schöpfen*, estos son los términos que primero me vinieron a la mente cuando pensaba en el hecho de la traducción mientras traducía.

Crear en estado de servidumbre. *Übersetzen, das ist ein wenig wie gebannt schöpfen, im Wort eingefasst Freiheit wie neuen Raum schaffen*. Se mezclan dos operaciones: se extrae (se toma de lo que hay, se aprovecha) y se ingenia (se origina, ocasiona, se concibe); cautiva atravieso el texto poético. Ensayo liberar nuevos espacios desde la palabra, encantada yo en el oficio sin fin.

No siento que ningún idioma proporcione tranquilidad, sosiego, seguridad ni patria. Tal vez me brinde algún sustento lo que en tal o cual lengua se me diga, un cariño por dentro como una bella resonancia.

¿Quién conoce el callado pensar que ondula, incesante, por entre la(s) lengua(s)?

Ha sido un encuentro muy grato y para mí, de nuevo, próspero, el de la Semana Extraordinaria de la EIM. Contrario de lo que se llega a ratos a pensar, harán falta cada vez más traductores en este mundo globalizado. Ni los algoritmos de Google, ni de los demás buscadores y su IA (inteligencia artificial) alcanzarán para hacer este globo habitable y brindarle futuro. Un asunto son las herramientas —la IA no piensa, solo compara innumerables opciones, sin pensar ni conocer—; otro, la capacidad creativa e innovadora de los seres humanos y de sus múltiples lenguas indómitas (todas, en realidad, indispensables, aunque se extinga una a cada rato, por no entrar en ningún circuito económico), lenguas cambiantes, protectoras y creadoras de conocimiento de comunidades. Durante la presentación recordé junto a los asistentes, que en Venezuela hoy más que nunca, es necesario cuidar el lenguaje, porque si no lo pensamos y usamos con conocimiento, memoria y coraje cívico, nos llevará por delante. En nuestras bocas, en los dedos y teclados, está el hacerlo diferente y no caer en el vacío de sentido, en el vacío de espíritu, en la falta humana.

* Festival *traficantesdepalabras*®
del que Claudia Sierich es fundadora.

traficantesdepalabras@gmail.com

www.claudiasierich.com

Claudia Sierich recibió muchas preguntas después de la lectura de algunos fragmentos de su obra

